



Tiki

sobre cultura polinésica



Lo que más llama la atención cuando se viaja por Polinesia es verificar el aislamiento en que viven los diferentes grupos humanos que afincaron, hace siglos, en las islas. Sin embargo, a pesar de este aislamiento, la cultura polinésica es bastante homogénea. Su característica principal parecería ser un modo de vida tan particular que hace que este pueblo no se parezca a ningún otro sobre la Tierra.

Los primitivos habitantes de las islas del Pacífico no lograron un desarrollo cultural importante. Eran muy pocos, de predominio negroide, y se aislaron demasiado. Deben haber estado en la Edad de Piedra cuando comenzaron las migraciones de pueblos protomalayos del sur de Asia hacia las islas del Pacífico. Estos emigrantes fueron ocupando isla tras isla, formaron la población indonésica y llegaron, al final, hasta Rapa-Nui. Cuando los europeos llegaron a Polinesia, mucho después del descubrimiento de América, encontraron las islas pobladas por gente con una cultura avanzada y con un modo de vida muy peculiar.

A juzgar por lo homogéneo de la cultura polinésica, los emigrantes protomalayos deben haber llegado a las

islas en un período no muy antiguo, trayendo una cultura más o menos uniforme (sub-culturas del sur de Asia). Si la colonización de estas islas fuera muy antigua se habrían desarrollado, por ejemplo, lenguas diferentes y manifestaciones artísticas distintas. Sin embargo, los pascuenses, que viven tan aislados del resto de la Polinesia, entienden perfectamente el idioma de Tahiti y la mayoría de las palabras tienen raíces comunes.

Lo más probable es que hayan llegado a lo que hoy es Polinesia a comienzos de la era cristiana, trayendo la cultura o las culturas que en esa época existían en el sur de Asia. Se sabe que esas gentes eran buenos navegantes, como lo fueron los indios y que varios siglos antes que Colón viajaron por el Pacífico y probablemente llegaron hasta América. Parece que las islas del Pacífico no estaban habitadas antes del año 500 D.C. (a excepción de una escasa población negroide que vivía en lo que es hoy la Melanesia) y que entre esta fecha y el año 1100 D.C. hubo varias olas migratorias. 500 años antes que Colón llegara a América, los Vikings, por el Atlántico norte, viajaban desde Escandinavia a

CARNET

las costas de lo que hoy es Canadá y EE. UU.; por el otro lado, por el Pacífico, los polinesios atravesaban el océano en balsas que demoraban meses y meses en llegar a tierra o al fondo del mar. Las últimas migraciones fueron a Hawaii, en el siglo XIII D.C. y a Nueva Zelanda y a Rapa-Nui en el siglo XIV D.C.

Mucho se ha especulado sobre el significado de estos contactos entre Polinesia y América precolombina. Para su interpretación importa recordar que cuando los polinesios estaban colonizando las islas del Pacífico, en América ya se habían desarrollado varias culturas. Hacia ese tiempo los mayas estaban en su primer apogeo y en Perú y Bolivia florecían las extraordinarias culturas de Mochica, Nazca y Tiahuanaco. De aquí que muchos piensen que fueron los americanos los que emigraron a Polinesia llevando las culturas nativas. Los hombres de Tiahuanaco habrían introducido en Rapa-Nui y otras islas polinésicas el arte de la escultura en piedra que ciertas semejanzas presenta con el de las islas. Los tiki que encontramos en este viaje en Tahiti nos recordaron lejanamente los grandes moais de Rapa-Nui, a pesar de que no tienen ni la belleza ni la monumentalidad de éstos.

Otros sostienen la tesis de la influencia malayo-polinésica en América. Paul Rivet, fallecido el año pasado, es de esta opinión. Habrían sido los protopolinesios los que vinieron a América, dando el impulso a las grandes civilizaciones.

Lo cierto es que el viaje de esos pueblos antiguos, malayos, polinesios y americanos, pudo haberse realizado en los dos sentidos sin necesidad de recurrir a la estafalaria teoría de la existencia de un continente hoy sumergido en medio del Pacífico (como

caprichosamente lo plantea Benjamín Subercaseaux en *Tierra de Océano*). La travesía del Pacífico pudo haberse realizado, en ambas direcciones, con medios rudimentarios. Los viajes de las balsas Kontiki y Tahiti-Nui y los viajes en bote de los actuales pascuenses a Tahiti y a Chile (alrededor de 2.000 millas en cada caso) revelan que la aventura no es tan descabellada.

Pero a pesar de que nadie discute hoy estas dos posibilidades lo cierto es que no se han encontrado vestigios arqueológicos ni influencias culturales concretas en ninguno de los dos sentidos. Sólo se citan semejanzas y ciertas coincidencias que sugieren cosas pero que no prueban nada. Después de haber visitado en detalle las dos islas más importantes arqueológicamente de Polinesia y haber recorrido todos los lugares donde florecieron las antiguas culturas americanas, tenemos la impresión que los contactos que se produjeron entre Polinesia y América deben haber sido esporádicos y de poca intensidad. No hay huellas de colonizaciones permanentes como las que los indios dejaron en el sur de Asia o los chinos en todas las islas de Indonesia. Por el contrario, es tal la diversidad de manifestaciones culturales que uno se siente tentado a pensar que ambos grupos desarrollaron sus culturas separadamente.

En 1947 hicimos un viaje a la lejana y solitaria Rapa-Nui (isla de Pascua). Esta isla constituye el vértice inferior de Polinesia. Alrededor de ella se ha tejido un ambiente artificial de misterio y fantasía que no corresponde a lo que ya sabemos de su historia. Rapa-Nui fué poblada tardíamente por los polinesios. Todo hace pensar que la colonización de Hotu-Matua se realizó entre el siglo XII y el XIV D.C. Hay quienes piensan que el hecho

acaeció sólo en el siglo xvi. La cultura que trajo el grupo de Hotu-Matua fué la maorí, que en forma peculiar se ha mantenido en Nueva Zelandia. Esta gente trabajaba sólo en madera, como aún lo hacen los maoríes en forma exquisita.

Hacia fines del siglo xvi, según el Padre Sebastián Englert, que es uno de los estudiosos del asunto, se produjo una segunda inmigración que debe haber venido del sur de Asia o de otras islas del Pacífico. Estos fueron los escultores del arte megalítico que tanta admiración causa a los que visitan la isla. Esta gente sabía esculpir la piedra y trabajó en gran forma porque la encontró en gran cantidad, cosa excepcional en las islas del Pacífico sur. Subimos al volcán Ranu-Raraku, en cuyas faldas están, de pie, los grandes moais de piedra. Arriba, encontramos las canteras usadas por los escultores. Hay aún varios moais inconclusos, no desprendidos de la roca bruta.

Que la gente que llegó a Rapa-Nui sabía esculpir la piedra, lo prueba el hecho de que en varias islas del Pacífico se encuentran monumentos similares, pero no en la cantidad ni en las proporciones de los de Pascua. Ni tampoco con el grado de perfección y belleza que lograron los escultores de la solitaria isla. En Tahiti vimos varios tiki y nos contaron que en Fidji hay un tiki tan grande como los moais de Pascua.

La construcción de los moais debe haberse extendido por unos 100 años (entre 1600 y 1700 D.C.) porque cuando la isla fué descubierta por los europeos (1722) ya la construcción estaba paralizada y había ruinas y desolación a causa de las luchas raciales entre los dos grupos de inmigrantes. La lucha terminó con el exterminio de los hombres en la segunda inmigración

y el arte megalítico se detuvo.

Las islas de la Micronesia y de la Melanesia no desarrollaron nunca una cultura como la polinésica. En ésta el modo de vida y el sentido de la belleza fueron desarrollados en una forma muy peculiar, hasta alcanzar un verdadero refinamiento si lo juzgamos en relación al período histórico en que estos pueblos se encontraban y se encuentran.

Hay un uniforme sentido de belleza a través de todo el arte polinésico que es visible a pesar de las innovaciones modernas. Sin embargo, hay ciertas diferencias entre las islas centrales (Samoa, Tonga, Fidji) y las periféricas. Las primeras tienen una cultura inferior, en cambio está mucho más desarrollada en Tahiti, Marquesas, Hervey, Nueva Zelandia y Pascua. Hawaii ha desarrollado un tipo específico y grotesco de escultura que aún conserva, a pesar de la tremenda deformación introducida por la influencia norteamericana, sus rasgos naturalistas y originales. La escultura en madera de Tahiti tiene, en cambio, preferencia por los arreglos simétricos, lo que le da cierta rigidez. Los ídolos tallados en madera o en piedra por los polinesios tienen menos ingenuidad que los africanos. Estos tienen mayor vitalidad pero no tanto, estilo ni técnica como aquéllos. El arte africano tiende a aislar la forma y en su carácter individual, en tanto que el arte polinésico, como el arte oriental, tiende hacia lo decorativo. Los polinesios, influenciados por lo chino y lo indio, combinan la simplicidad con el barroquismo y las formas geométricas con las naturales.

A pesar del extraordinario interés que, por su originalidad, despierta la cultura polinésica, nosotros hemos verificado en este viaje lo que otros sos-

CARNET

tienen. Es relativamente poco lo que el arte y la cultura polinésica han producido, salvo en los modos de vida. La isla de Pascua es un lugar excepcional en este sentido. Su riqueza ar-

queológica es muy superior a todo lo que se encuentra en las islas del Pacífico. Sin duda que Rapa-Nui es el sitio arqueológico más importante en toda Oceanía.